

Bad Boy

La Erótica

Maya Reynolds

Bad Boy

Traducción de Rufina.G



El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro, está calificado como **papel ecológico** y ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o están usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, con establecimientos comerciales, escenarios o acontecimientos es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control, ni asume ninguna responsabilidad, sobre los contenidos de las páginas web de la autora ni de terceras personas.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *Bad Boy*

© Maya Reynolds, 2009

Publicado de acuerdo con NAL Signet, un sello de Penguin Books (USA) Inc.

© por la traducción, Rufina.G, 2010

© Editorial Planeta, S. A., 2010

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño,

División Editorial del Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Fabio Panichi / Trigger Images / Age Fotostock

Primera edición en Colección Booket: febrero de 2010

Depósito legal: B. 1.779-2010

ISBN: 978-84-08-08775-5

Composición: La Nueva Edimac, S. L.

Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

Biografía

Maya Reynolds vive en una pequeña ciudad al norte de Texas (Estados Unidos). En diferentes momentos de su vida se ha dedicado a la enseñanza, ha sido agente de bolsa, asistente social y ha trabajado en gabinetes de crisis. Había escrito relatos y artículos de no ficción de manera ocasional, hasta que en 2002 comenzó a escribir a tiempo completo. En 2005 empezó a ganar concursos y a recibir ofertas de editoriales, y en 2007 Penguin publicó su primera novela, *Bad Girl*, a la que siguió, en 2009, *Bad Boy*. En la actualidad, la autora está trabajando en su tercera novela.

Agradecimientos

Como siempre, hace falta la tribu entera para publicar un libro. Quiero dar las gracias especialmente a mi maravillosa editora, Tracy Bernstein, que me ha apoyado en todas las fases de este proyecto, incluso cuando no se lo ponía fácil. Gracias también a Jacky Sach, mi agente que nunca pierde la paciencia.

Gracias a todos los que han revisado el libro. Enormes cestas de flores para Linda Lovely, que trabajó incansablemente cuando el plazo apremiaba. Y para Red Garnier, por ser la mejor de las animadoras cuando más necesitaba una.

Y por último, gracias a mi madre. Se está alejando de nosotros poco a poco, y no llegará a leer nunca este libro, lo que probablemente sea para bien.

Mamá no conducía cuando yo era niña, pero recuerdo que nos sentaba a mi hermano y a mí en un cochecito rojo y nos llevaba colina abajo hasta la biblioteca municipal. Recuerdo que llenaba el cochecito con libros infantiles y volvíamos a casa cargados hasta los topes. Nos leía cada día, contagiándonos su amor por los libros y la lectura. Te quiero, mamá.

Capítulo 1

Una mujer desnuda danzaba sobre el escenario. Sólo llevaba puesta una tela de satén rojo que envolvía cada giro de su cuerpo, ofreciendo al público provocativos y fugaces vistazos de su piel brillante: primero un pecho, luego el vientre liso, una pierna perfecta... Todo aparecía y desaparecía entre los destellos de aquella tela roja. El escenario, rodeado de focos, parecía una isla brillante flotando en medio de un mar de sombras, y bajo la luz de aquellos focos, el cuerpo de la bailarina deslumbraba.

Había corrido la voz entre los habituales de que Katya actuaría aquella noche de miércoles, y el Club 69 estaba a rebosar. Los clientes, sentados alrededor de pequeñas mesas o en sillones repartidos por la amplia sala, la devoraban con los ojos. Entre el elegante público había algunas parejas, pero la mayoría eran hombres solos, concentrados en sus copas y en sus fantasías; apenas prestaban atención a las camareras ligeritas de ropa que deambulaban entre las mesas. El hechizo de Katya era demasiado intenso.

Ninguna mujer podía hacerle sombra mientras ella reinara en el escenario.

En una cabina privada, cuatro metros más arriba, Leah Reece se estremecía al contemplar al público. «¿Cómo puede soportar que todos esos hombres la vean desnuda?» Y, a la vez, codiciaba el tacto de aquel brillante satén rojo. «Me pregunto cómo se siente al ser el objeto de tanto deseo.» Sus pezones se endurecieron, rozando la blusa de seda verde que llevaba puesta. «Es como una esclava danzando para la corte de un sultán. ¿Se siente poderosa o sumisa?» Leah apretó los muslos y adelantó su cuerpo unos centímetros. Aquel ligero movimiento desplazó su centro de gravedad, de forma que su sexo presionaba el cojín del asiento y la fricción con la tela de sus braguitas la excitaba. Se mordió el labio inferior. «Hace demasiado tiempo...» Diez meses, para ser exactos. Habían pasado más de trescientos días desde que gozó del sexo por última vez; sin contar con su vibrador. «En lugar de estar viendo un espectáculo erótico en un club, lo que necesito es un polvo en plan “aquí te pillo, aquí te mato”.» Había reservado una cabina de seis plazas en el Club 69, para ella y dos invitados. Valía la pena pagar un dineral y contar con la privacidad necesaria para tomar notas, y es que estaba segura de que a la dirección del club no le iba a hacer mucha gracia saber que su local aparecería en uno de los reportajes de la revista *Heat*.

Leah miró a su mejor amiga. La cara de Sandy Prada estaba pegada al cristal que separaba la cabi-

na del escenario. Sin duda, Sandy estaba bajo el hechizo de Katya. Cuando Leah la puso al corriente de su plan —escribir sobre el club erótico más reservado de Dallas—, Sandy intentó disuadirla. Su marido, Zeke, del Departamento de Policía de Dallas, estaba de acuerdo con ella; y cuando el reportero que iba a acompañar a Leah al club fue baja de última hora por culpa de un virus estomacal, Sandy y Zeke se erigieron en sus escoltas. Ella aceptó, pues pensó que en un club erótico un trío iba a llamar menos la atención que una mujer sola.

El perfil de Sandy, de dulces curvas en su último mes de embarazo, hizo sonreír a Leah. «¡Parece tan feliz!» De repente, se sorprendió al ver que el asiento al lado de Sandy estaba vacío. Zeke no estaba. «Quizá ha ido al lavabo. Caray, qué sigiloso es este hombre. Ni me he dado cuenta de que se levantaba.»

Echó un vistazo a su reloj de pulsera. Las nueve y media. Según su informante, la acción de verdad empezaría dentro de una hora. Y para entonces necesitaría haberse librado de Sandy y Zeke. Demasiado nerviosa para estarse quieta, deslizó su bloc de notas y el boli en su bolso, se levantó y fue hacia la puerta. «Hora de llamar a la oficina. Aggie Curtis ya debe de haber llegado.» Estaba ansiosa por saber si la directora de arte invitada para el próximo número de la revista había aterrizado ya proveniente de Los Ángeles.

Absorta en el show de Katya, Sandy no se dio

cuenta de que su amiga salía de la cabina. Fuera, en el vestíbulo, Leah sacó el móvil del bolsillo de su chaqueta y marcó el número de la recepción de *Heat*. Mike, uno de los dos guardias de seguridad que estaban de servicio, contestó al primer tono.

—*Heat*. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola, Mike, soy Leah. ¿Puedes decirme si Aggie...? —Una puerta se abrió a su derecha, y un hombre de mediana edad frunció el ceño, molesto porque alguien interrumpía la actuación de Katya con una llamada de teléfono—. Espera un segundo —dijo Leah a Mike, excusándose con un gesto ante el irritado cliente. Y se alejó del vestíbulo hacia la escalera.

El Club 69 ocupaba una antigua mansión restaurada en Oak Cliff, en las afueras al sur de Dallas. Construida por un industrial a finales del siglo XIX, la palaciega residencia había caído en desgracia durante la Depresión. Demasiado cara de mantener como vivienda unifamiliar, aquella mansión de estilo mediterráneo se había dividido en apartamentos. Años después, cuando el edificio ya no cumplía con ninguna inspección, su propietario lo abandonó.

Se rumoreaba que el dueño del Club 69 pagó menos de treinta mil dólares por él, y que luego se gastó más de un cuarto de millón para reformarlo según sus planes.

—¿Ha llegado ya Aggie Curtis? —Leah se detuvo en el rellano y apoyó la espalda en la pared. Con

un brazo sujetaba la salida de incendios, para que nadie la abriera de repente y le diera un golpe.

—Sí, señora. Felix le ha subido las maletas a su habitación y la está ayudando a instalarse.

Un murmullo de voces le hizo darse cuenta de que no estaba sola en la escalera. Bajó la voz.

—Perfecto. ¿Hay algo más que deba saber?

—Sólo que la señora Curtis ha traído cinco cajas de juguetes sexuales. Felix las ha llevado al estudio.

Leah sonrió. *Heat* se mantenía como el número uno de las revistas *on line* gracias a que apostaba siempre por las últimas tendencias. Aggie Curtis había aceptado elaborar un reportaje titulado «Cómo encender tu vida sexual».

—Asegúrate de que Felix cierra bien la puerta del estudio. No quiero que el material desaparezca antes de que hagamos el reportaje.

—Sí, señora. —Leah pudo intuir la sonrisa en la voz de Mike. Colgó.

Ya estaba a punto de volver a la cabina cuando oyó una voz familiar. «¡Zeke!» Estaba ahí abajo, hablando con otro hombre. Aunque no oía bien lo que decían, la conversación en voz baja alertó su instinto periodístico. Bajó despacio por la escalera y, cuando estaba a unos diez pasos de los dos hombres, se aclaró la garganta.

—Eh, Zeke, no interrumpo nada, ¿no?

Los dos hombres estaban tan metidos en su conversación que no la habían oído acercarse. Ahora la miraban sorprendidos.

La mirada de Leah se centró en el interlocutor de Zeke. «¡Vaya, si está buenísimo!» El extraño tenía aspecto latino. Piel oscura y pómulos marcados. Una pequeña cicatriz recorría su mejilla izquierda, desde la sien hasta la mandíbula. «Esa cicatriz se la han hecho con un cuchillo», susurró una vocecilla dentro de su cabeza. Tenía el pelo negro, peinado hacia atrás, y una barba de dos días que le daba un aspecto peligroso. «¡Genial! Un chico malo. ¡Mi tipo!» El cerebro de Leah lanzaba señales de advertencia, pero otra parte de su cuerpo daba saltos de alegría. Al fin y al cabo, habían pasado trescientos días. ¡Y aquel hombre era tan sexy!

Aunque desde donde estaba no podía verlo muy bien, parecía igual de alto que Zeke, con lo que, al menos, pasaba del metro ochenta. Vestía una camiseta negra y unos vaqueros oscuros, que resaltaban sus anchos pectorales, su estómago plano y sus caderas estrechas. Y llevaba tatuajes en los músculos de ambos brazos.

Don Polvazo la contemplaba con una mirada intensa, penetrante y... hambrienta. Leah, que había estado conteniendo la respiración desde que lo había visto, soltó el aire despacio. «Aguanta el tipo, chica. Que no vea que se te cae la baba.» Avergonzada por sus pensamientos, miró al marido de Sandy, quien frunció el ceño, molesto por su repentina aparición.

—Leah, te presento a Quin —dijo de mala gana, esforzándose por pronunciar el nombre con acento mexicano. Ella se acercó.

—¿Qué tal? Soy Le...

—Leah Reece —la interrumpió el extraño—. Lo sé. Leo tu columna en *Heat*, y lleva tu foto —su voz era oscura y ronca.

Pero no parecía estar cotejando la cara real con la foto de la columna. Su mirada escaneó su cuerpo de arriba abajo, y parecía no importarle que ella se diera cuenta. Leah notó que se estaba ruborizando, pero no quiso apartar la vista. En lugar de eso, le desafió, mirándole el paquete con descaro.

—Me alegra saber que eres lector de *Heat* —añadió—. Espero que te guste.

Levantó la mirada hacia los ojos de él y, al ver su sonrisa, notó que las piernas le flaqueaban. Esos dientes tan blancos elevaban su atractivo de diez a quince, como mínimo. Se sujetó a la barandilla con una mano para mantener el equilibrio. Quin sonrió, burlón, como si hubiera captado el impacto que causaba en ella.

—Me gusta *Heat*, sí. Tienes mucha imaginación.

Ella tragó saliva para deshacer el nudo de su garganta. Cuando notó que tenía su voz bajo control, contestó:

—Oh, bueno, el mérito no es sólo mío, sino de todo el equipo de reporteros y redactores.

Él levantó una ceja.

—He dicho que leo tu columna, no toda la revista. Aparte de ti, no me interesa nadie más de la revista.

Aquella insinuación la hizo estremecer. Humedeció sus labios, que se le habían secado de golpe,

con la punta de la lengua. Luego, dándose cuenta de que un gesto así podía indicar que estaba nerviosa —cosa que no podía permitirse demostrar—, Leah lo transformó en una invitación. Despacio y con toda la intención, se lamió los labios como un gato se relame después de beber leche.

Los ojos de él se oscurecieron y su torso se puso tenso, con lo que irguió más la postura. Turno de Leah para sonreír. «Tocado.»

Quin separó los pies, abriendo las piernas un poco, como si, de repente, los vaqueros le apretaran demasiado. Ella volvió a clavar la mirada en su paquete. «Veamos cómo lleva Mister Macho que le traten como a un objeto sexual.» Y ahora que había dejado las cosas claras, Leah miró al otro hombre.

—¿De qué conoces a Quin, Zeke?

El marido de Sandy abrió la boca para contestar pero luego dudó.

—Yo..., esto..., él... —y calló.

Leah le miró sorprendida. Zeke Prada era uno de los hombres más seguros de sí mismos que conocía. Nunca le había visto titubear así.

Quin rompió el silencio.

—Intenta decirte que es el poli que me detuvo —explicó. Su voz era neutra, sin rencor.

—¿Que te arrestó? ¿Por qué?

Quin hizo una mueca divertida.

—Pregúntale a él, te lo contará todo —dijo señalando a Zeke con un movimiento de cabeza—. Nos vemos luego, *güey*.

Volviéndose hacia Leah, sonrió de nuevo. Era

una sonrisa perezosa, sensual. Y a ella se le encogió el estómago.

—Estoy seguro de que nos volveremos a ver, Princesa. Lo estoy deseando.

Y llevándose la mano derecha hacia la sien, le dedicó un breve saludo militar antes de abrir la puerta y marcharse. «Vaya pedazo de capullo.» Leah sonrió ante su involuntario juego de palabras mental, pero, en el fondo, lamentó que Quin se marchara.